

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

OLGA CABRERA, *LOS QUE VIVEN POR SUS MANOS*

por Sergio G. Sánchez Díaz*

Desde Cuba, y tal vez un poco tarde, pues hace ya seis años que se editó, nos llega este libro, que se inscribe claramente dentro de la corriente historiográfica marxista, sobre los orígenes del movimiento obrero cubano. En él, a través de quince capítulos, escritos en una especie de crónica, la autora nos muestra los orígenes de ese movimiento, desde fines del siglo pasado hasta los años veinte del presente. Resumimos algunos aspectos de esta obra y al final haremos algunos comentarios críticos.

Olga Cabrera, *Los que viven por sus manos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1985, 386 pp.

* Investigador del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS).

La autora, sin explicitarlo, expone su información a través de tres hilos conductores con una tesis central en el fondo de toda su argumentación. El primer hilo conductor se refiere a las características del gobierno, sus cambios y sus transformaciones de entonces hacia la instauración de una república liberal. La dictadura apareció en ese tránsito, así como la lucha entre liberales y conservadores, incluso a través de la lucha armada (pp. 174-180). El rostro interventor del imperialismo marcó todo este periodo. Todo ello influyó en el movimiento obrero. Este se forjó en una intensa lucha por levantar sus primeras organizaciones de resistencia, incluso más allá de lo gremial; forjó los primeros elementos de conciencia nacionalista e incluso clasista.

Otro hilo conductor del análisis, el segundo, se refiere a lo que podemos denominar el movimiento obrero de la época. Este se manifestó a través de lo organizado, fuese el

gremio, la asociación, el sindicato, e, incluso, la organización política. La autora muestra cómo ese movimiento surgió de las condiciones de trabajo de la época. De ellas emanaron demandas y formas de lucha. Fue ésta una época heroica de este movimiento. ¿Cuál fue su expresión más acabada? La huelga. Así, la referencia a esta forma de lucha y de acción obrera ocupa muchas páginas (por cierto hermosas) de este libro. Al respecto la autora parece tener en mente una idea rectora: que fue en la lucha, y en la huelga sobre todo, donde se fue formando principalmente la clase obrera. Tal propuesta no parece incorrecta si vemos las experiencias que al respecto se relatan. Podemos leer un número grande de huelgas por regiones, de masas, si recordamos la caracterización de Rosa Luxemburgo — huelgas que, por cierto, la autora define como “generales”, sin serlo realmente.

Otro hilo conductor, el tercero, resulta ser el papel de los líderes, los organizadores, los militantes, de diversas tendencias políticas, en ese movimiento obrero. A lo largo de este libro vemos el accionar de los Saavedra, los López, los Lorenzo, los Mella, en ese joven movimiento. Con su audacia ellos coadyuvaron a forjar esa clase obrera. En este empeño varios de ellos murieron (véanse las pp. 157-158 y 245, entre otras; y el capítulo XIV, dedicado a los inicios de la vida política de Mella). En todo lo anterior la autora parece tener en mente otra idea básica: entonces hubo confluencia entre el movimiento obrero espontáneo y los elementos de vanguardia en el que coadyuvaron a su organización; que difundieron ideas radicales; que estuvieron en primera fila de sus combates; y que también experimentaron la represión.

Decíamos que en el fondo de esta obra se maneja una tesis central. La autora considera

que en este intenso y largo periodo, la clase obrera urbana transitó de “clase en sí” en “clase para sí”. No necesitamos insistir en la clara orientación marxista de la obra al recurrir a conceptos como estos. La autora considera, así, que la creación de la Confederación Nacional Obrera de Cuba señaló la constitución de “clase en sí”; la formación del Partido Comunista de Cuba fue el siguiente estadio: la constitución de la clase obrera en “clase para sí” (p. 210).

En esa concepción de la autora, el camino de la clase obrera, con contradicciones internas, claro está, es, sin embargo, ascendente: se formaron sindicatos, se avanzó hacia la unidad sindical, confluyeron los intereses económicos con los de índole nacional, los obreros vencieron divisiones internas y vieron la necesidad de la alianza con el campesinado, la influencia de la Revolución de Octubre ayudó a clarificar el objetivo histórico: la lucha por la dictadura del proletariado, pasando por la formación del partido comunista. Esta interpretación circula por toda la obra (véanse las pp. 37, 116, 121, 144, 158, 166, 202, 205 y 311, entre otras).

Pasamos ahora a hacer nuestros primeros comentarios críticos. En primer lugar, señalamos que esta obra no hay desarrollo conceptual. El libro se centra en la crónica de los hechos. Como dijimos, los hilos conductores y la tesis central hay que leerlos “entre líneas”, por así decirlo. En ningún lugar se sustentan explícitamente. Carece de material estadístico mínimo que permita aproximarse al conocimiento cuantitativo de la clase obrera cuyos episodios de lucha se relatan. Ese material estadístico hubiese sido muy importante, para conocer el peso real de esa clase en relación al conjunto de la estructura de clases de la isla; ubicar cuál sector era el cuantitativamente

más importante, etc. Sin esta información, que pudo presentarse brevemente, incluso a nivel de notas, sin alterar la intención de crónica que tiene la obra, el lector tiene en cambio casi que adivinar la situación general. Finalmente, en este primer nivel de nuestro comentario crítico, diremos que el libro carece de conclusiones.

En un segundo nivel de nuestro comentario, señalaremos algunos puntos debatibles de esta obra. En efecto, nos parece discutible la caracterización que hace la autora del tránsito de esta clase obrera de "clase en sí" a "clase para sí", tránsito que va, como dijimos, de lo sindical a lo político-partidario, a la conformación del partido comunista. Nos parece que los datos que la autora expone no refuerzan mucho esta interpretación. Ella misma indica cómo el anarquismo era muy vigoroso. No parece ser que esta corriente haya sido vencida totalmente, en el movimiento obrero, con la formación del partido comunista. Es más, la lectura que se hace del esquema marxista, para el caso cubano, nos parece bastante mecánica. Recordemos tan sólo que a través de la acción sindical, por ejemplo, a través de las huelgas generales (dirigidas o no por partidos), los obreros, o sectores de ellos, históricamente, se han manifestado como "clase para sí". Igualmente, la formación de los partidos comunistas debemos ubicarla en su justa y exacta dimensión, sin magnificar el hecho. Este, el de la formación de esos partidos, habló de la organización de núcleos y de sectores obreros en torno a la propuesta socialista. Ello sin duda fue importante. Pero nos parece que no puede identificarse, mecánicamente, a la clase con el Partido Comunista Cubano. La historia de la identificación entre la clase obrera y este partido parece ser mucho más compleja. Sabemos, desde México, que incluso la

Revolución Socialista de Cuba se inició como un proceso nacionalista y antimperialista en el que jugaron un papel importante formaciones políticas no comunistas, destacadamente el Movimiento 26 de Julio. Sólo después, por la conjunción de diversos elementos que aquí sería largo reseñar, este proceso devino socialista. Igualmente, no debe olvidarse que los partidos comunistas vivieron un largo periodo de influencia del estalinismo que los llevó del izquierdismo al oportunismo. Nos parece que hubiera sido importante matizar la trayectoria del Partido Comunista Cubano, aún y cuando ésto hubiese implicado entrar en una historia que ya no se contemplaba estudiar, la de los años treinta, destacadamente. Alguna nota o comentario breve hubieran sido útiles.

Empero, no es ese el único punto en el que advertimos cierta interpretación mecánica en la autora. Como dijimos, tiene una visión lineal de la historia. En efecto, aunque indica contradicciones, e incluso retrocesos significativos en ese movimiento obrero, todo aparece como una secuencia de hechos a través de los cuales se va cumpliendo, inevitablemente, la previsión marxista —desde la óptica de la autora ésta aparece casi como profecía. ¿Por qué? Porque, como dice la autora, refiriéndose a la unidad creciente de los trabajadores cubanos en esos años, "así tenía que ser" (p. 223). Al respecto señalamos que los clásicos del marxismo (Marx y Engels) nunca dijeron que "así tenía que ser la historia". Para ellos, nos parece a nosotros, la historia no estaba escrita de una vez y para siempre. Por ejemplo, la unidad de los obreros no la veían como un hecho que debía darse fatalmente, o porque así estuviese escrito, previamente, en algún lugar. Por ello ambos amigos dedicaron muchas páginas —parece que hoy olvidada-

das— al análisis y a la crítica de las muchas corrientes no marxistas que influyeron al movimiento obrero de su época, al europeo y estadounidense, notablemente. Por ello señalaron los obstáculos que se oponían al desarrollo de la unidad de esos obreros. Por ello se esforzaron por conformar una alternativa para ese movimiento obrero. Para poner otro ejemplo, incluso ahora sabemos muy bien que el socialismo (o lo que se construyó en diversos países durante el siglo XX y que hoy —1991— se ha derrumbado en buena parte de ellos) no nos lleva directamente, de una manera invariable, al comunismo, porque “así tenía que ser”. No debemos olvidar que en la historia hay avances, pero también hay retrocesos. En todo caso, creemos nosotros, la tarea del historiador marxista estriba en recurrir al marxismo como una guía para la investigación, para explicar los procesos y su desarrollo, sin verla, a esa teoría, como un recetario al que tengan que adecuarse los hechos. La dogmatización del marxismo, creemos nosotros, no ha sido benéfica, ni para el desarrollo de la investigación marxista ni para el avance de la práctica política guiada por esta teoría.

Finalmente señalaremos los que consideramos son los aportes de este libro, el que, independientemente de las consideraciones críticas que hemos hecho, merece ser leído por los interesados en los estudios de las clases obreras. En efecto, en esta obra se nos presentan los que consideramos son los aportes de la corriente de estudios que conocemos como de la historiografía marxista. La autora nos va a recordar la importancia de los estudios que relacionan el desarrollo del movimiento obrero con las características del poder político de una época determinada; nos señala la importancia de la recuperación de las experiencias de lucha de ese movimiento; en fin, nos re-

cuerda que es relevante conocer y estudiar la influencia que en ese movimiento obrero del que ella se ocupa tuvieron los líderes y dirigentes. Ahora que en diversos medios académicos (e incluso políticos) se ha instaurado la moda de efectuar una apología de la espontaneidad obrera; cuando, a pesar de las derrotas del movimiento obrero en estas épocas, y de la confusión y falta de perspectivas de numerosos contingentes obreros, se hace una apología de la no organización de los obreros y se rechazan, desde la academia, claro está, los partidos y los líderes, tan necesarios en épocas como las que vivimos; el libro de Olga Cabrera nos recuerda, a propios y extraños, que las clases obreras, en este caso la cubana, sólo han logrado avanzar realmente contando con cierto grado de organización y con ciertos liderazgos que expresen demandas inmediatas y de largo plazo. Sin ambos (e incluso a veces contando con esos elementos) las clases obreras son presa fácil de las ofensivas empresariales, tanto a nivel político como ideológico. Tal vez sea en este nivel en el que encontramos las enseñanzas profundas de este periodo de la historia de la clase obrera cubana y que puede servir para repensar los modos de hacer historia de cualquier clase obrera.¹

México, D.F., junio de 1991. ●

¹Entre los “nuevos” críticos de la historiografía marxista destaca el sociólogo mexicano José Othón Quiroz. Asimismo, sus balances sobre las diversas corrientes de estudio de la clase obrera en México expresan esa aspiración a un movimiento obrero (y a una clase obrera) que, desprovistos de organización (del tipo que sea) y sin liderazgo real, efectivo, resistan la ofensiva capitalista y aún remonten tal situación. Véase, de este autor, su ensayo titulado “Una crítica a la historiografía del movimiento obrero: mitos y realidades de la insurgencia sindical”, en *Sociológica*, año 4, núm. 9, enero-abril de 1989, UAM-Azcapotzalco, pp. 135-162.